

quirir un matiz religioso que identifica bárbaro con pagano, el cual, por ello, es también salvaje, en su sentido de brutalidad y ferocidad. La oposición se presenta ahora entre el mundo cristiano y el que no lo es.

Así pues, la diferencia de categorización del término entre los griegos y los cristianos estriba en que, en estos últimos, ya no es cuestión de parentesco sino de creencias. Pero mientras la *oikumené* griega era un mundo cerrado, la *congregatio fidelium* no lo era: éste es el caso de Bartolomé de Las Casas, el otro polemista que frente a Sepúlveda mantuvo sus tesis en la controversia de 1550 en Valladolid; el dominico parte de una unidad humana originaria, y la única diferencia que establece entre los cristianos y los indios es temporal, admitiendo que éstos podrán igualarse a los españoles en cuanto adopten su fe y sus costumbres. De este modo, según fuera sentida la alteridad de acuerdo con las dos acepciones que acaban de señalarse, se habría de proponer una tendencia colonizadora determinada, que reclamaba para el indio un trato humano y una noción blanda de salvaje o primitivo o, por el contrario, una consideración de éste como siervo natural o bárbaro en su sentido más peyorativo.

En la América precolombina, por su parte, parece compartirse esta idea original de identificar bárbaro con extranjero y con las diferencias idiomáticas; así por ejemplo en Yucatán, los mayas llamaban *nunob* (mudos) a los toltecas que los invadían; lo mismo ocurre con la facción cakchiquel, que llama a sus vecinos los mayas man los mudos; igualmente puede observarse que los aztecas denominan *nonoualca* (mudos) a los habitantes de la zona sur de la Veracruz, y a todos aquellos que no hablan el náhuatl los conceptualizan de *tenime* (bárbaros) o de *popoloca* (salvajes), despreciando a todos ellos tanto más cuanto mayor sea la distancia geográfica y cultural que los separa: a mayor distancia, menor es incluso su merecimiento para ser sacrificados, puesto que sus víctimas deben ser, no sólo extranjeros o bárbaros, sino también lo más estimados y reconocidos posible, lo cual supone un relativamente pequeño alejamiento en el espacio y en los esquemas conceptuales y lingüísticos. Por ello, para el propio Motecuhzoma, sus rivales de siempre son «otros», pero no tiene para con ellos un sentimiento de distanciamiento absoluto. Sin embargo, hacia los españoles, la sensación de alejamiento se radicaliza, llegando incluso al extrañamiento más total; los informantes de Motecuhzoma, tras haber visto por primera vez a aquellos hombres blancos y barbudos que arribaron a sus costas en inmensas casas flotantes y que en ocasiones montaban enormes venados formando con ellos un solo cuerpo fabuloso, ante aquellos dueños del trueno y de la muerte, le relatan a su emperador:

Debemos decirle lo que hemos visto, y esto es terrorífico: nada parecido a lo que haya sido visto jamás (como precisa el Libro XII del *Códice Florentino*).

Sin embargo, la manera de interpretar los signos de alteridad es diferente en el caso de los españoles y de los indios, su codificación es distinta en cada caso: los españoles pasan por un primer momento de asimilar y definir todo aquello que ven de acuerdo con sus propios esquemas conceptuales; sólo en una pequeña parte de los casos se adoptan los nombres indígenas (tomate, chocolate), siendo la costumbre más extendida el nombrar los objetos en español, añadiendo después el calificativo de «De Indias» (conejo de Indias...), dando a continuación pautas referentes a lo conocido (es como...); dicho de otro modo, lo conocido sirve siempre como referencia comparativa, a través de las aproximaciones, para luego resaltar los elementos distintivos. Como constata el jesuita José de Acosta refiriéndose a las especies vegetales

...á muchas de estas cosas de Indias los primeros Españoles les pusieron nombres de España, tomados de otras cosas á que tienen alguna semejanza, como piñas, pepinos, y ciruelas, siendo en la verdad frutas diversísimas; y es que es mucho más sin comparación en lo que difieren, de las que en Castilla se llaman por esos nombres. Las piñas son del tamaño y figura exterior de las piñas de Castilla: en lo de dentro totalmente difieren, porque ni tienen piñones, ni apartamientos de cáscaras, sino todo es carne de comer, quitada la corteza de fuera⁶.

En cuanto a la alteridad de los indios americanos, los españoles la perciben identificándola con la imposibilidad de una condición plenamente humana, al menos en ese momento, que les priva del derecho a la libertad y los coloca, como mínimo, en una situación de tutela y paternalismo respecto a ellos, como ocurre con los ya mencionados Sepúlveda y Las Casas, o con el propio Almirante Colón.

Los indios, a su vez, tampoco consiguen ver en los españoles a seres íntegramente humanos, pero en lugar de rebajarlos a la condición infantil o animal, subliman su naturaleza hasta asimilarlos a los dioses.

Esta deificación de los españoles desde el punto de vista indígena tiene que ver, según algunos estudiosos, con su agrafía. Para autores como Todorov⁷ u Oviedo⁸ cuanto mayor sea la ausencia de escritura, mayor será también la tendencia a considerar a los españoles como dioses: los incas, por ejemplo, carecen totalmente de un sistema escrito; su utilización de los quipus les permite un cierto registro mnemotécnico, pero está fundamentalmente destinada al cálculo, y en una medida muy pequeña a registrar acontecimientos históricos; y son ellos, precisamente, quienes creen de una manera más firme en la naturaleza divina de los españoles. Los aztecas, por su parte, que poseen un tipo muy limitado de escritura, modificarán su consideración inicial de que los españoles son dioses, otorgándoles a continuación la categoría de hombres. En cuanto a los mayas, en los que puede encontrarse una rudimentaria escritura fonética, la idea de que los recién

⁶ Acosta, J. de: *Historia natural y moral de las Indias*, Ed. facsímil, Sevilla, Hispano-americana de Publicaciones, 1986.

⁷ Todorov, op. cit., pág. 86.

⁸ Oviedo, op. cit., págs. 32-33.

llegados sean dioses, solamente es planteada, pero inmediatamente será negada; así, en vez de llamarles dioses, los denominan extranjeros, barbudos o comedores de anonas, pero siempre con una visión de ellos profunda y fundamentalmente humana.

Pero, por otra parte, la ausencia o la presencia de escritura se constituye en un factor determinante en el modo de entender la historia y de encarar el destino: cuanto mayor sea la tradición oral de una cultura, más se apoyará en la repetición de los acontecimientos y, por lo tanto, mayor será su anclaje en el pasado y su inmovilismo, explicando los hechos que ocurren con categorías ya conocidas, como la mitología, que en el caso americano alcanza unas cotas elevadísimas de elaboración. De este modo, si aceptamos las hipótesis de la relación de la escritura con la mayor posibilidad de actuar de un modo nuevo ante situaciones imprevistas, podemos llegar a explicar por qué los acontecimientos que marcaron el encuentro entre españoles e indios fueron de esa manera: desde el Viejo Mundo se llegaba a tierras americanas con una tradición escrita secular, que permitía el alejamiento de las pautas de conducta y de los esquemas mentales estereotipados, y por lo tanto dotaba a los conquistadores de una enorme capacidad de improvisación de acción y de pensamiento ante aquellas situaciones originales que estaban viviendo; en el caso de los americanos, esta improvisación en los modos de interpretar los signos y en sus propias acciones defensivas, se ve imposibilitada por su anclaje al pasado y con su re-conocimiento de los acontecimientos nunca ocurridos hasta entonces; de ahí que se elaboren, quizá incluso a posteriori, aquellas terroríficas profecías y augurios que explican de un modo fatalista y cíclico su destino, como después veremos con más detalle.

Por ello los incas, que identificaron a los españoles con su dios Viracocha, combatieron siempre con el convencimiento de su derrota, pese a formar un ejército muchísimo más numeroso que el puñado de hombres que bajo el mando de Pizarro se les enfrentaba. En la misma rebelión de Manco Inca, a pesar de la superioridad cuantitativa de los incas, continuaron, como era su costumbre, luchando en noches de luna llena, pensando que la luz del satélite ejercería su protección benéfica, y sin pararse a considerar que en un enfrentamiento en el que sus contrarios no conocían el terreno, la oscuridad jugaría un factor decisivo para su victoria, pues ellos sí lo conocían.

Con los aztecas ocurrió algo similar: tradicionalmente, sus guerras tenían un componente exclusivo de ritualismo, para hacer acopio de víctimas a las que sacrificar, pero nunca teniendo como meta el exterminio del enemigo, y así siguieron haciéndolo a la hora de combatir contra los españoles, concediéndoles en definitiva la ventaja a estos últimos, que no tenían problemas en eliminar a un número mayor de indios.

Como puede verse, la incomunicación y la distinta forma de percibir y codificar aquello que estaba ocurriendo llevan a una y otra parte a actuar de maneras diferentes, produciendo efectos diversos en cada una de ellas. Esto introduce la segunda de las consideraciones que antes apuntábamos que se podían hacer a partir del concepto de «choque de culturas».

B) *Vencedores y vencidos*: Efectivamente, este choque que antes hemos calificado de colosal entre razas y modos de existencia radicalmente diferentes tuvo, y esto es algo que generalmente se acepta, vencedores y vencidos, como M. León-Portilla llama al lado indígena.

Pero antes de entrar de lleno en este tema, quizá convenga hacer una alusión, siquiera breve, al modo cómo fue asimilado e interpretado el encuentro en la visión del mundo de cada una de las partes: del lado español, hay que hablar de su interés por las formas de vida diferentes, que hizo que todo lo referente al Nuevo Mundo se recibiera en Europa con una excelente acogida y que las noticias acerca de él tuvieran una gran aceptación: tanto las especies vegetales (maíz, patata) como las animales (llama, puma) allí encontradas suscitaron una gran curiosidad por parte de los naturalistas, que pronto comenzaron a estudiarlas e intentar clasificarlas, dando auge a las ciencias botánicas y zoológicas. Del lado indígena, puede hablarse de dos niveles y ritmos diferentes en la asimilación: por una parte están los grandes imperios y las altas culturas americanas, en las que los sistemas sociales, religiosos y económicos estaban muy estructurados, y donde, consiguientemente, la penetración de lo europeo era más traumática, lenta y dificultosa; por otra, están las culturas bajas y medias, que podían, sin tanto esfuerzo, incorporar los nuevos universos mentales traídos desde el occidente. En unas y otras, la penetración tiene lugar tanto en el plano material como en el mental; respecto al primero de ellos, los conquistadores intentaron introducir en el Nuevo Mundo los beneficios de la «civilización», para mejorar y occidentalizar el nivel de vida indígena: el trigo, la vid, caballos, vacas, cerdos, ovejas, etc. No obstante, por lo general, los indios no se aprovecharon de estas innovaciones: la carne sólo era consumida por los caciques; los caballos, como medios de transporte y de carga, eran de uso exclusivo de los españoles; en cuanto al vino, constituyó una auténtica conmoción para los indios, que sólo conocían hasta entonces alguna bebida fermentada como la chibcha (a base de maíz) que no se consumía en grandes cantidades salvo en las celebraciones religiosas. En lo que se refiere al plano mental de la penetración de lo europeo en América, fue mayor en los sectores privilegiados, siendo casi nula entre la masa de la población, y considerándose cosa de advenedizos, como ocurre con los curacas o caciques del Perú, representados por Poma de Ayala vistiendo al uso español. En todo caso, el fracaso de la asimilación de la cultura